

Trabajando el suspense...

LO PRIMERO ES LO PRIMERO

Andreu Vilaplana

“Crash” sonó el jarrón de porcelana al chocar contra la pared que tenía detrás de mí.

-Tranquilízate, puedo explicarlo -Le dije a mi novia- Verás, yo... Pero antes de poder terminar la frase tuve que agacharme para esquivar la lamparita de noche que mi novia acababa de lanzarme.

-¡Calla, estoy harta de oír mentiras! – Gritó ella con un enfado más que evidente- Cuando me has dicho que esta noche llegarías tarde, te he seguido, pensaba que me estaba volviendo paranoica, o que era una mala persona al desconfiar de ti... Hasta que te he visto recoger a “tu amiguita”, la que está escondida en el baño, y traértela a este motel. Ahora entiendo todas esas largas noches de trabajo... Eres un cabrón, ¡Largo de aquí! ¡No quiero volver a verte!

-Oye, entiendo que estés enfadada. Pero esta habitación la he pagado yo, y además, “mi amiguita” cobra por horas, así que si no te importa, la que sobra aquí eres tú.

Mi novia, o tal vez ex novia a partir de ahora, al oír estas palabras no pudo evitar que por su mejilla se derramaran un par de lágrimas causadas por el dolor y la rabia, pero acto seguido se recompuso y salió de la habitación soltando maldiciones y agravios tan hirientes hacia mi persona que no los voy a repetir aquí para no escandalizar a nadie. ¡Qué carácter! Pero no penséis mal, yo la quería y me dolía mucho ver el daño que le estaba haciendo, pero tal y como se habían puesto las cosas, tuve que elegir. Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

De hecho no le había mentido cuando le dije que esa noche tenía trabajo, aunque, claro, ella no lo entendería por mucho que se lo explicase. Me fastidiaba tirar por la borda una relación estable, todo el mundo quiere formar una familia como Dios manda, tener niños y todo eso, pero lo primero es lo primero. Así que entré con cuidado para no pisar la sangre que se empezaba a esparcir por el suelo del cuarto de baño, le dediqué una última mirada al cuerpo sin vida y descuartizado, de “mi amiguita”, e hice una llamada:

-El trabajo está hecho, jefe.

HELENA CON “H”

Belén Pallardó

«Ha llegado la nueva», me comenta un compañero de departamento, dirigiendo ostensiblemente su mirada hacia la cafetería. No es que me encante socializar pero, al fin y al cabo, soy su superior. Decido darle la bienvenida y me dirijo, con las manos en los bolsillos y un aire casual, hacia el grupo de enfermeras. «Bienvenida al hospital, soy la doctora López, de traumatología». «Yo, Helena Gómez. Helena con hache. Nueva en enfermería. Encantada». Me quedo pensativa. Ojos marrones, pelo castaño, sonrisa amplia; una perfecta desconocida. Pero ese nombre...

De repente, se me atraganta la sonrisa y, con el corazón en un puño, me asomo de nuevo a su rostro, sobresaltándome el vértigo de quien contempla la profundidad de un barranco. Con un esfuerzo hercúleo desato el nudo de mi garganta. «Suerte», farfullo antes de salir atropelladamente hacia mi consulta.

La espera en la puerta del ascensor se me antoja eterna, así que corro hacia las escaleras. De vez en cuando, me giro aterrorizada por si me la encuentro. Helena Gómez. Helena con hache. Mi consulta está en la cuarta planta, y no voy lo bastante rápido, subo los peldaños de dos en dos. Cuando por fin, sudorosa y

jadeante, llego a la puerta, me la encuentro cerrada con llave. La culpa es mía, claro. ¿Dónde he metido las llaves? ¿Las habré perdido? Helena Gómez. Helena con hache. ¡Necesito entrar! Las encuentro en el bolsillo, claro. ¡Claro, en el bolsillo! ¿Dónde iban a estar? Me tiemblan las manos, pero abro la puerta, entro y la cierro tras de mí. Me abalanzo sobre el último cajón de mi escritorio. Dentro guardo las diez cartas, una por semana. Acusación de negligencia médica. Amenazas. Chantaje. Todas firmadas con unas iniciales que no puedo dejar de mirar: H. G.

ALEA IACTA EST

Sergio Ruiz

- ¡En el aire en treinta segundos!- La voz del director de la televisión estatal sonaba implacable a través del auricular. No había marcha atrás. El destino de toda la nación y el suyo propio dependían de las palabras que pronunciaría a continuación en directo para más de 80 millones de ojos inquisitivos.
- No se olvide de mirar al frente y esté lo más relajado posible- le recordaron desde la cabina.

Buscó con la mirada a su jefe de prensa y éste le devolvió un gesto de preocupación mal disimulada. Las dudas de última hora no ayudaban a calmar la respiración. Si seguía jadeando así el micrófono iba a explotar antes de que pudiese pronunciar el "Buenas noches, compatriotas".

-¡Veinte segundos y entramos! - Si al menos le hubiesen permitido ensayarlo una vez más... Toda la vida preparándose para un momento como éste y ahora que no había margen de error los labios le temblaban como a un adolescente.

- ¡Quince segundos! - La mano de la maquilladora se posó fugaz una última vez sobre su frente. Nunca antes le habían visto sudar así. En ese momento daría cualquier cosa por poder cerrar los ojos y desaparecer.
- ¡Ocho segundos! -«Dios, si estás ahí no dejes que me ocurra lo de la última vez». Un vistazo final al guión antes de ir al matadero.
- Cinco... cuatro... tres...- «Alea iacta est»; ése era el latinajo favorito de su padre y fueron también las últimas palabras que cruzaron su mente justo antes de que se encendiera el piloto rojo sobre la cámara.

EN LA CARRETERA

Sonia Montins

Estoy tarada. A veces cuando voy conduciendo veo montañas azules y cielos rojos en el horizonte, pienso en Gauguin y en Van Gogh y los creo cuerdos, realistas. A veces cuando conduzco me entran ganas de perder de vista los camiones, los coches-bala y hasta el aire que me tambalea, de no acatar las normas, el 120, el 100, el 90... de no ir a más sino a menos. De cerrar los ojos y no por sueño sino por soñar, por imaginarme siendo la *prota* de la canción que suena o por ponerle rostro al locutor que me habla y a las historias que me cuenta.

Ayer iba conduciendo, iba al volante. El cielo era de un turquesa de cuento y en el horizonte se avistaban unos tonos verde espárrago y verde helecho e instintivamente mi pie fue aflojando el pedal de freno, note que mi coche aminoraba, 80, 60, 30, 20... que cada vez veía más claro mi horizonte lateral, un almendro en flor blanca, otro en flor rosa, un algarrobo, un olivo... Fijé la mirada al frente, a ese horizonte de verdes y vi una mano en alto, paré, bajé la ventana, nos miramos fijamente y sin que me preguntara le dije: “No he tomado nada, no estoy drogada, solo un

poco tarada” - Claro que se lo dije como lo dicen las Odaliscas de Matisse, con la mirada. Y debe ser que la locura aún no está penada porque sin más y con un ligero aspaviento me animó a que continuara.